RESEÑAS

Edgar Morin, *Edwige, l'inséparable*, 2009, Paris, Fayard, 308 pp.

RECEPCIÓN: 18 de enero de 2010.

ACEPTACIÓN: 15 de febrero de 2010.

*En la hora negra, fría y solitaria,
el muelle, que esta tarde
me pareció llevarme hasta el poniente de oro,
¡es tan pequeño, ¡ay!, tan de juguete!*

*Y yo, juguete oscuro y triste,
voy soñando, niño grande
—en este nuevo juego, que, hace una hora,
creía realidad definitiva
de hombre que recuerda riendo sus juguetes
de niño, sus barquitos—,
juguete oscuro y triste, voy soñando
en unas cosas altas,
de las que son juguetes
el mar, la tierra, las estrellas...*

Juan Ramón Jiménez

Nueve capítulos. Los “verdes paraísos” son el recuento del tiempo y del espacio, tiempo habitado, a salvo en el jardín; devenir en pareja, intransferible, hechos que son memoria ya: los gestos de vida de los muertos en el recuerdo de los vivos. Terrible ternura. Como los dibujos que animan el texto, sus pequeñas caricaturas, los pájaros, el lujo del detalle.

“Ella”, desde su inseparable, es la visión de quién era, quién fue, cómo, por qué. “Nosotros” describe la historia del amor de dos amantes, con honestidad—casi exhibición—, sombra y luz, poesía, secretos compartidos; en ocasiones, es mayor el lazo que se produce entre dos personas cuando intercambian sus mayores pérdidas.

Edwige y Morin se conocieron en Santiago de Chile, en 1961; ella tenía 29 años, él 39. Se unieron diecisiete años después. Durante este lapso coincidieron en diversos sitios; se miraban, se rehuían, volvían a buscarse. Cuando al fin comenzó la vida en común, ya el amor, la convivencia habría de vincularlos mediante “Pruebas y coraje”: la enfermedad, los cercanos enemigos, señaladamente el cigarro, la salud vulnerada. En “el mes de febrero”, Morin retoma el diario y cuenta, narra, comunica la vivencia de la separación, de la próxima incompletud. Se llega el tiempo de “Los adioses” y de la “Memoria viva”. Al final del libro, testimonios. Edwige murió el 29 de febrero del 2008 y parecía *une petite fille*, en palabras de Morin, pero también *une belle petite dame*.

“La inseparación”, el penúltimo capítulo, es la vuelta sobre sí mismo, sobre ellos mismos, también sobre nosotros: “lloro a través de Edwige la tragedia de la especie humana y, a través de esta tragedia, lloro a Edwige”.

Este es un libro extraño. Me recordó, insistentemente, otra bella obra, tan semejante desde otro lado, *El libro de mi madre*, de Albert Cohen. Con este relato, Morin nos ofrece una prueba doble de la coherencia de su pensamiento: la integralidad de lo complejo no sólo está en lo exterior: reside también en lo más íntimo, en lo más profundamente cercano, al fondo de nuestros universos particulares; pero el pensamiento, para enraizar con vigor, ha de alcanzar a alimentarse del corazón, completarlo hasta donde se pueda, hacerlo vivo, vivible.

Debe tener algo de mágico, de ritual, escribir así sobre nuestra pareja, hondamente, llegado ya el otoño; separarse y no separarse de muchas largas horas, templadas, temporadas plácidas. Y la honestidad que requiere el retrato de alguien muy amado. Complicidad en la alteridad. Amor. Es adentrarse en la historia de otros, con la singularidad de que quien habla, vive, está vivo y el renombre no es uno de sus desconocidos, pues ha propuesto un sistema distinto para comprender el universo, la Tierra, al hombre mismo. Sus proposiciones son dignas de conocerse, de discutirse y, desde mi punto de vista, instaurarse paulatinamente. Son ideas valiosas, valientes; por eso, este libro es significativo, ya que Morin ha sostenido la conveniencia de dejarse ver en todas sus facetas; ésta es una nueva, desconocida, insólita: un diario a distintas voces. Pero es también la primera oscuridad, la primera gran despedida, un cáliz dulce, y rojo y amargo.

Yo conocí a Edgar Morin hace algunos años. Me gustó, con su rostro que parece desdeñarlo todo y que esconde una secreta simpatía, con su español muy correcto y muy francés, con su genuina disposición a escuchar, a aprender.

RESEÑAS

Me atrevo a regalarle otro epígrafe más, versos de Juan Ramón también, para *Edwige, la inseparable*:

¡Oh recuerdo, sé yo!
¡Tú —ella— sé recuerdo todo y solo, para siempre;
recuerdo que me mire y sonría
en la nada;
recuerdo, vida con mi vida,
hecho eterno borrándome, borrándome!

MAURICIO LÓPEZ NORIEGA
Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México